

Schabas, Margaret (2007). *The Natural Origins of Economics*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press. 244 pp.

El libro trata del proceso por el cual la teoría económica pasa de concentrarse en el análisis de una economía vista como fenómeno natural a otra en la que se la ve como resultado de las deliberaciones individuales de los agentes. El acento está puesto, sin embargo, en lo que el título indica: en los orígenes. El proceso en buena parte coincide con el paso de la escuela clásica a la neoclásica. El argumento se sustenta en un recorrido de los avances científicos y en su influencia en los importantes economistas que el libro recoge, así como en sus teorías económicas. En palabras de la autora:

La tesis principal sustentada acá es que, hasta mediados del siglo diecinueve, los teóricos economistas vieron los fenómenos de su discurso como parte del mismo mundo natural estudiado por los filósofos naturales. No solo los fenómenos económicos fueron entendidos mayormente extrayendo analogías de los fenómenos naturales sino que fueron vistos como contiguos con la naturaleza física. (2)¹

Dichos fenómenos eran concebidos, pues, como fenómenos naturales. El planteamiento de la autora es que no son los métodos matemáticos de la física los que más influyeron en el contenido de la disciplina económica sino la física experimental y la historia natural (25). La relación, insistirá la autora, no es principalmente de métodos sino de contenidos. Las fuerzas gravitacionales de los mercados, la existencia de fluidos imponderables, fueron recogidos de la experimentación en electricidad. La concatenación entre los elementos de la realidad es también fuente de inspiración para imaginarse a la economía como un todo compuesto por partes articuladas. Al mismo tiempo, el libro presenta otro aspecto de ese proceso: la secularización de la disciplina. La visión naturalista de la economía es parte del proceso de la Ilustración y el concepto de naturaleza que adopta recoge una «gran fidelidad a la deidad» (11). Un resultado de ello es que lo natural y lo divino se unen, lo que tiene múltiples consecuencias. Por ejemplo, esa unión le daría el significado original al término *laissez-faire*, que se relacionaba con la marcha

¹ Es en este sentido que se utilizan en el libro los términos «naturaleza» y «natural» (5 y ss.).

de la naturaleza (asumida como eficiente) y de la economía considerada como parte de los fenómenos físico-naturales, y cuya marcha espontánea era considerada por ello como adecuada, beneficiosa² y no, dirá la autora, con las políticas de libre comercio (12).

El libro trata las ideas económicas en el contexto de la historia de la ciencia. Por eso es útil para científicos que desean aproximarse al pensamiento económico. La manera de hacerlo incluye tanto las analogías y desarrollos paralelos y mutuamente influyentes de la ciencia y de la teoría económica, así como el proceso por el cual esa estrecha relación va debilitándose a lo largo del tiempo, o para decirlo en los términos de la autora, «denaturalizándose».³ Aunque este proceso puede detectarse con claridad desde Hobbes en el siglo XVII y desde otros autores, la autora prefiere ubicar su inicio a mediados del siglo XIX porque recién ahí es cuando la economía política es vista como un campo separado del conocimiento. La economía en cuanto disciplina sobre las «relaciones macroeconómicas» deviene en realidad. Así, la denaturalización, secularización y autonomía serían parte del mismo proceso. De ahí que el concepto mismo de economía sea posterior a la Ilustración. A la ubicación de la economía como campo de actividad intelectual dedica el primer capítulo. Ello no implica que la economía actual no trate de asumir los métodos de las ciencias, como de hecho trata de hacer, sino que en el enfoque neoclásico hasta ahora dominante lo hace sin suponer que los fenómenos económicos sean naturales o que las cosas producidas o intercambiadas sean materia natural. Sino que más bien dichos fenómenos son resultado de deliberaciones realizadas por los agentes económicos y los individuos en general, basadas en estados mentales.

El segundo capítulo junto con el final son los que establecen las tesis del libro y trata de los temas propios de las ciencias naturales en los siglos del nacimiento de la economía política y en ellos se alude a su significado para el pensamiento económico. Como indicamos arriba, la visión de las cosas estaba muy asociada a la perspectiva religiosa y el proceso de «la gradual denaturalización del orden económico está... íntimamente ligada a la secularización de la ciencia en curso» (20). Esa ruptura entonces no era fácil pues lo natural traía consigo un conjunto muy enraizado y articulado de rasgos en la visión de las cosas. Por ejemplo, la naturaleza era vista como eficiente, no tenía desperdicio y hacía lo que era mejor para cada especie. En algunos casos excepcionales, como los corderos, eran colocados bajo el cuidado de los humanos (23). Había entonces una «economía de la naturaleza».

La secularización de la ciencia fue importante para suponer que hay un orden natural económico que no depende de la visión religiosa que se tenga. El papel de la economía en este proceso no es pequeño o pasivo. La autora sostiene que la economía política estuvo a la vanguardia de la secularización de una ciencia que todavía creía en un orden

² «Como ha observado Daston: 'Porque Dios era el Autor de la naturaleza', el orden natural era *ipso facto* un orden moral» (20).

³ Vamos a traducir así *denaturalization* porque «desnaturalizar» alude a «falsificar» y otros significados que nos alejan del sentido que tiene el término en este estudio.

natural creado por un Autor (39-41). Ricardo y Smith habrían influido significativamente en la visión de la naturaleza como económica, eficiente, tanto en Lyell como en Darwin, respectivamente. Con ese protagonismo, resulta más fácil entender que se vaya separando por sus propios medios de la historia natural, a pesar de haberse apoyado anteriormente en las ciencias naturales, para ir dejando atrás la presencia de Dios en la explicación de los fenómenos naturales (39). A pesar de reconocer la complejidad del proceso de separación de la ciencia y la religión, la secularización de la ciencia habría tenido, propone Schabas, por lo menos tres razones: una tiene que ver con la reducción de religiosos en las actividades científicas, la segunda, con los trabajos de Darwin sobre la evolución de la naturaleza, la tercera, con el positivismo que, con Comte y otros, impulsó la valoración de una fuente de autoridad científica independiente de la religión: las proposiciones empíricamente verificables.

El tercer capítulo revisa a los fisiócratas franceses, especialmente Quesnay y Turgot, que pensaron la economía como un fenómeno natural y, de tal forma le dieron gran importancia a la productividad natural de la agricultura. Al mismo tiempo, vieron como un todo conectado, como un circuito, con flujos en diversas direcciones pero, en balance, equilibrado. El orden moral debía lograrse acercándose al orden natural, al *laissez-faire* en el sentido también de un orden providencial. Como cita la autora, Quesnay sostiene: «Yo estoy acá tomando la ley moral como la *regulación [rule] de toda acción humana en el orden moral conforme al orden físico que es evidentemente el más ventajoso para la raza humana*. Estas leyes [natural y moral] tomadas juntas constituyen lo que se llama la *ley natural*» (48). Aun así, se desarrolla en la Francia del siglo XVIII, por ejemplo, con Turgot, la separación entre las causas físicas y morales que antes Hume había propuesto, pero siendo estas basadas en la mente humana antes que en instituciones e independientemente, en cierta medida, de las deliberaciones humanas (54). Se intuiría, pues, la existencia de un proceso social exterior y hasta cierto punto impuesto a los individuos.

El capítulo 4 estudia a Hume y, como dice la autora, su esfuerzo por unir economía con naturaleza. A pesar de tratar extensamente sobre la naturaleza humana, Hume la habría considerado al interior de su investigación sobre la naturaleza en general; su filosofía natural se habría filtrado en su filosofía moral (59). Lo natural para ese autor es lo que es independiente del pensamiento y el razonamiento. Ese pensamiento, a su vez, es en sí mismo poco importante, pues el carácter de los individuos está determinado por factores fuera de control, no de su elección. Las pasiones son las que gobiernan la acción humana y ellas dependen de la fisiología de los individuos y son, en gran medida, ahistóricas en el sentido de que los seres humanos son siempre iguales como lo son las realidades naturales. Dentro del plan del libro, Schabas muestra el conocimiento que Hume tenía de la filosofía natural de la época y para sustentar su punto, a propósito del poder de lo natural sobre lo moral, establece diversos paralelos entre la teoría del dinero y las propiedades del fluido eléctrico. Por ejemplo, el dinero, como la electricidad, circula pero también es acumulable. Estas anotaciones y muchas otras apuntan a mostrar el

origen en las ciencias naturales de los aportes de Hume a la visión del ser humano y a la de la economía.

Para Schabas, Smith coincide con Hume en el esfuerzo de mantener unidos el campo de lo natural y de lo económico. El intento del capítulo quinto es, como en otros, mostrar que los economistas le deben a las ciencias naturales, a la filosofía natural, los conceptos y no solo los métodos de trabajo intelectual. Para ello, muestra diversas evidencias del conocimiento que tenía Smith de dicha filosofía, de la historia de la ciencia. Para Smith, los fenómenos económicos y la acción humana, incluido el deseo de acumular, estarían más basados en instintos y pasiones similares a las de los animales que en la razón. La deliberación de los individuos tiene muy poca importancia y sus unidades sociales son grupales, clasistas. El interés de la libertad para él estaría en el sostenimiento del orden social y la propiedad, no en las personas.⁴ El origen natural de la economía es, pues, sostiene Schabas, claro. El proceso de secularización no encuentra en Smith alguien tan consistente como el agnóstico Hume pero la mano invisible es una mano natural y, además, no es tan importante en el pensamiento de Smith, como se suele creer.⁵ Asimismo, en la naturaleza, como mostró Copérnico, apariencias y realidad discrepan, con lo que la invisibilidad no tendría por qué aludir a un Dios.

El capítulo 6, sobre los clásicos del siglo XIX, comienza con Ricardo, quien introduce con gran énfasis las leyes ahistóricas en la economía y una lógica deductiva en el razonamiento, por lo que las motivaciones humanas devienen en secundarias. A pesar de darle tanta importancia a la distribución del ingreso, Schabas sostiene que todavía mantiene un énfasis en la naturaleza física de los fenómenos económicos, aunque menos que en su contrincante Malthus. Este autor introduce con fuerza el problema de la escasez de tierra pero también de capital. La pasión sexual junto a la escasez de tierra llevaría al desastre. Malthus postula una uniformidad en la naturaleza y la constancia de sus leyes. La economía debía seguir el curso de la naturaleza, que era su curso natural. Plantas, animales e individuos estaban similarmente sometidos a las leyes naturales. Sus polémicas con su siempre amigo Ricardo son conocidas, pero para la autora la mayor división entre ellos sería la teológica. Ricardo es completamente secular. Malthus estaría entre un gran número de intelectuales cristianos, cuya pregunta principal sería «el esfuerzo de conciliar el problema del sufrimiento humano con la noción de una deidad benevolente» (111). El tema es tan clásico como difícil. A mitad del capítulo, la autora vuelve a Ricardo para desarrollar y contrastar sus puntos de vista con los de otros autores, entre ellos, por supuesto, Malthus.

En este mismo capítulo, Schabas presenta el gradual proceso de introducción explícita de variables institucionales como originarias de los fenómenos económicos y, como

⁴ Esto puede explicar el desinterés de muchos denominados neoliberales en las libertades del individuo.

⁵ Ver al respecto el interesante análisis de Emma Rothschild (2002). *Economic Sentiments. Adam Smith, Condorcet, and the Enlightenment*. Cambridge: Harvard University Press.

consecuencia, de una limitación, esta vez más social, a la potencia de la deliberación individual para cambiar las circunstancias. En realidad, la introducción de los aspectos institucionales supondría una decisión sobre los aspectos de la economía a tratar. En su correspondencia con Malthus, Ricardo explicita bien este punto: «Me parece que una gran causa de nuestras diferencias de opinión en los asuntos que hemos discutido tan a menudo, es que tú siempre tienes en mente los efectos inmediatos y temporales de cambios particulares, mientras que yo pongo estos efectos inmediatos y temporales bien aparte y fijo toda mi atención al estado permanente de las cosas que resultará de ellos» (118). Estas y otras consideraciones llevan a la autora a sostener que «es la ausencia de deliberación individual la que separa más la teoría clásica de la neoclásica» (119). Estamos así ante un criterio fundamental para la autora sobre en qué consiste dejar lo natural como fundamento de la economía. Volveremos sobre este punto capital al final de la reseña.

El capítulo 7 nos lleva a Stuart Mill, autor decisivo en ese proceso de denaturalización de la economía a la que, sostiene Schabas, contribuyeron los cambios en la psicología y la influencia secularizadora de Darwin. El influjo de Darwin en la economía no es sencillo de ver, pues también favoreció la inclusión de los seres humanos entre las otras especies de la naturaleza; en cualquier caso, para Schabas, Stuart Mill «no creyó en un mundo diseñado por Dios o en una moralidad enraizada en las leyes de la naturaleza» (19). En efecto, si todo es natural y obedece a las leyes de una naturaleza que escapa al control de los humanos, no hay responsabilidad moral en los individuos. Además, para Stuart Mill, la naturaleza misma no es tan perfecta y puede ser terrible como ocurre en los huracanes. La intervención en la economía puede, por lo tanto, ser beneficiosa. Las fuerzas de la naturaleza se conquistan con obras, no se obedecen (129). A la vez, sin embargo, Stuart Mill insiste en el dominio de las leyes de la naturaleza sobre la producción. Donde abre la opción libertaria es en el campo de las decisiones sobre la distribución, actividad eminentemente social, aunque los resultados de tales decisiones siempre dependan de leyes por lo que no es clara la eficacia de la deliberación. La aproximación ricardiana a este tema seguiría así por lo menos parcialmente vigente. De todos modos, el ser humano es capaz de civilizarse, dominar sus instintos, introducir la razón. Si hay pobreza, es en la medida en que tal cosa no ocurra. Si hay injusticia, es porque lo natural domina sobre lo artificial, sobre las virtudes (132). El aprecio por la introspección, mirada desde la psicología, influyó en esa denaturalización de algunos aspectos de la economía. Además, se afirmó que las cosas valían por su significado para las personas, no en sí mismas. El puente para la fundación del neoclasicismo habría sido tendido. Uno de los fundadores del neoclasicismo, Jevons, es sumamente radical respecto del lugar de la mente en la valoración de las cosas, en la formación de los precios y así otros neoclásicos avanzan en la perspectiva dominante, la utilitarista, que pone el consumo en el centro del análisis, pero, sobre todo, al individuo como punto de partida descontextualizado.

El capítulo final constituye en buena medida una recapitulación y puede servir de resumen. Los neoclásicos sacaron al ser humano de la naturaleza y lo hicieron un agente racional que determinaba el carácter de la economía. El precio de dicho paso es un ahistoricismo que, nos parece, alude al enfoque que Ricardo atribuye a Malthus, a lo inmediato y temporal. También se registra la separación de la economía de la política y sobre todo de la historia. El fenómeno que escaparía a este proceso es el tratamiento de los ciclos y la necesidad de su estabilización.⁶ Así se termina pasando del *laissez-faire* a la ingeniería.

Viendo el libro en su conjunto, la autora nos introduce en una lectura interesante de varios de los autores fundacionales que choca con el basamento en Smith y otros de la libertad individual. El mensaje es que el origen natural de la economía la hace muy poco valorativa de la libertad individual, especialmente cuando más deísta es. Aunque el libro incluye múltiples matices a este planteamiento en el recorrido de autores, la idea central es clara aunque no del todo convincente. Por ejemplo, no nos parece que la autora cale suficientemente hondo en el grado de libertad que era compatible con una visión basada, por ejemplo, en leyes o en clases, o que creyeron tener los grandes autores en el momento de definir los objetivos de su quehacer intelectual. Eran metas ambiciosas de cambio que suponían como lo hizo Ricardo desde el parlamento, actuar sobre los colectivos y desde la política. La autora reconoce que para los economistas del siglo XVIII, «[h]abía tal regularidad en la acción humana, al menos entre personas de cada tipo, que el papel de la deliberación individual palidecía en comparación al rol del grupo» (14). Nuevamente, ¿no estamos en dos niveles de análisis correspondientes a dos dimensiones, la estructural y la de corto plazo y más variable en vez de dos visiones del mundo que son excluyentes?

En el otro extremo nos parece que se exagera el grado de libertad alcanzado por el ser humano al recurrir a la deliberación individual como base de toda explicación. La comprensión de dicha deliberación que tiene la autora es limitada. Como ella misma reconoce: «Había, no cabe duda, mucho protagonismo [*agency*] humano en la teoría clásica, pero no se derivó de lo que ahora llamamos elección racional» (14). Por ejemplo, dehistorizar la economía reduce sustantivamente, nos parece, el campo de acción efectiva de la libertad de elegir tipos de economía y de desarrollo económico. Después de todo, como reconoce la autora, la escuela histórica, el socialismo y el marxismo «refuerzan la transformación general de las concepciones de la economía como algo que no necesita simplemente ser dejada a las leyes de la naturaleza porque puede, de hecho, ser comprendida y manejada» (138-139). Por otro lado, nos parece que la ruta de la secularización no está tan exclusivamente basada en el desarrollo del individualismo como aparece en el libro. El control sobre la economía es también un asunto de mayor alcance

⁶ Diríamos que el último intento de partir de la deliberación individual es la búsqueda de fundamentos microeconómicos para los fenómenos macroeconómicos que surgió a fines del siglo pasado.

que el relativo a los ciclos económicos. Se ha llegado incluso a la planificación central. Su fracaso no convierte a la no intervención en realista. Finalmente, no nos parece que es solo lo natural lo que hace que las cosas puedan escapar a la voluntad y control de los agentes, también lo social puede resultar fuera de control de los individuos y condicionante de sus decisiones. Los temas que el libro trae a la conversación son sin duda cruciales y, repetimos, quizá el punto más llamativo en el actual clima intelectual sea el de la, relativamente, poca valoración de la libertad individual en autores que son hoy considerados como grandes baluartes de la misma.

Javier M. Iguíñiz
Departamento de Economía
Pontificia Universidad Católica del Perú